

guardas forestales que vigilan nuestros montes:

El personal de ICONA directamente dedicado a la extinción de incendios se compone de:

- Diecisiete emisoristas, tres en la central y catorce en las comarcales.
- Cuarenta vigilantes en puestos fijos.
- Ochenta y ocho guardas forestales.
- Cuadrillas retén, formadas por conductor más siete obreros forestales con portófono y equipo de extinción.
- Seis vehículos motobomba todo terreno con sus correspondientes cuadrillas.
- Dos avionetas (contratadas por ICONA para este cometido) con base en Villalba, que cubren, además de la provincia de Madrid, el servicio de extinción en las de Avila y Segovia.
- Tres aviones anfibios con base en Torrejón de Ardoz, que cubren varias provincias además de Madrid. Estos aviones están pilotados por personal militar.

CAUSAS

Los incendios forestales se pueden originar por tres causas determinadas: descarga eléctrica (accidente atmosférico o de instalación eléctrica); imprudencia, o provocados intencionadamente. Lo más frecuente, sin embargo, es que estos incendios se produzcan accidentalmente por imprudencias que pudieran haberse evitado.

La concienciación de los excursionistas, para que no cometan tales imprudencias, es el mejor método de prevenir los incendios forestales. Con este objetivo se han establecido zonas controladas en las que se han instalado cocinas para encender lumbre sin peligro, papeleras, mesas con bancos de madera, etc., donde los excursionistas pueden acampar y montar sus tiendas. Además, para acampar tanto en estos lugares especiales, como en cualquier zona del servicio forestal es necesario obtener una licencia o permiso de ICONA. Estos permisos son gratuitos y se entregan prácticamente en

el acto. Si bien algunos Ayuntamientos, o en el caso de fincas particulares, cobran un pequeño canon, casi simbólico, pues no suele llegar a los cinco duros.

Un último dato: cuando unas hectáreas de bosque se queman, se pierde algo más que dinero. Recuperar los árboles quemados requiere de entre sesenta a cien años. La repoblación forestal es costosa y lenta. No lo olvidemos. Vale la pena cuidar nuestros montes.

Izaga USALLAN



CARABAÑA

una villa con nombre universal

SUS AGUAS
SULFATOSODICAS
YA LAS CONOCIAN
LOS ROMANOS

EN el siglo XIX, don Ruperto Chavarri consiguió exportar agua medicinal de Carabaña a toda Europa, gran parte de América y Filipinas. Se llegaron a envasar cuatro millones de botellas por año. El ferrocarril de Arganda fue instalado para transportar las aguas hasta Madrid. Todavía es hoy la principal industria de la villa del Tajuña

La característica botella de Carabaña diseñada por Chavarri, conocida en todo el mundo





Carabaña: Busto de don Ruperto Chavarri, en los jardines que llevan su nombre

DURANTE toda la mitad del siglo XIX y primer tercio del actual, estuvo de moda el tratamiento de muchas enfermedades por medio de la hidroterapia. Se buscaba la curación de un gran número de afecciones interiores y exteriores, por la acción directa de las aguas medicinales. Era una terapia que ya practicaban los romanos que no dejaron termas ni aguas medicinales sin descubrir en todo el Imperio. Era un medio de utilizar los recursos naturales, de acuerdo con determinadas indicaciones médicas, fundadas en la composición química de las aguas y sus temperaturas, etc. De esa moda hidromedicinal se pasó a la burguesa instalación de los balnearios, que se convirtió en una industria

importante, con establecimientos de lujo en casi todas las provincias. En una guía oficial de balnearios, publicada en 1927, figuran casi un centenar, en que se hace alarde de sus lujosas instalaciones, composición de las aguas y la indicación médica de las enfermedades, para cuyo tratamiento estaban recomendadas.

EL CASO DE CARABAÑA ERA DISTINTO

En la villa de Carabaña, del Partido Judicial de Chinchón, ribereña del Tajuña, a cincuenta kilómetros de Madrid, no llegó a funcionar ningún balneario. Sus aguas sulfatosódicas, utilizadas como laxante y para el tratamiento, previo análisis del Instituto Pasteur de París,

de muy diversas enfermedades interiores y cutáneas, eran embotelladas al pie del pozo que las recogía del manantial, y su propietario, don Ruperto Chavarri, mediante un montaje adecuado, pese a los escasos medios de transporte de la época, las hacía llegar a toda Europa, la mayor parte de América y hasta Filipinas, a donde todavía se exportan las aguas de Carabaña en la actualidad.

Don Ruperto Chavarri, que había venido a Madrid desde su Bilbao natal como emigrante en plena adolescencia, empezó a trabajar en una droguería, lo que, dada su inteligencia natural, le puso en contacto con algunas rudimentarias nociones de la Química. Después de muchos años de trabajos y no escasos avatares, llegó a ser propietario de los yaci-

mientos o pozos de las aguas sulfatosódicas que nacían y se recogían, aunque sin una eficaz explotación, en las inmediaciones del cerro llamado Cabeza Gorda, próximo a la villa de Carabaña.

Se trata de un cerro formado por terrenos miocenos, con capas salinas que al ser atravesadas por las aguas de lluvia las mineraliza e impregna de sulfato sódico y otras sustancias en unas proporciones que determinan sus cualidades medicinales, caso que resulta casi único en el mundo.

Ya los romanos, que en cuestiones de aguas termales y salúferas lo habían descubierto todo en su imperio, las habían encontrado a flor de tierra y las utilizaban según la tradición que se conservó, para lavar las heridas de los soldados y para el tratamiento de las úlceras y otras afecciones de la piel. Descubiertas en el siglo pasado las propiedades purgantes del agua de Carabaña, en tiempos en que la medicina prescribía éste tratamiento, don Ruperto Chavarri adquirió los pozos y con su gran capacidad de organización, determinó su envasado en botellas y su exportación en gran escala.

EL TREN DE ARGANDA FUE EL TREN DEL AGUA

La primera dificultad con que se encontró el futuro industrial para la exportación del agua de Carabaña, tanto para el consumo nacional como internacional, fue su traslado a Madrid, desde donde el ferrocarril, ya en 1880 podía llevar las cajas de botellas a Cataluña, Francia y los distintos puertos para su envío a los países de ultramar. Uno todavía recuerda cuando en



Carabaña:
Una calle en que abundan los geraneos

Cuba era una inveterada costumbre, impuesta a los emigrantes españoles como prevención contra la peligrosa «fiebre amarilla», el tomar cada lunes en ayunas, un vaso de Carabaña.

La admirable iniciativa y el tesón del señor Chavarri consiguieron vencer todas las dificultades para salvar el obstáculo de los cincuenta kilómetros que separaban los yacimientos y la planta envasadora de las estaciones ferroviarias de Madrid. Instaló a sus espensas el trenecito de vía estrecha que salía de la estación llamada del Niño Jesús, que todavía hemos conocido, ya que el «tren de Argenda —que pita más que anda»— funcionó durante la guerra civil. El tren trasladaba a Madrid además de viajeros y mercancías, cajas y cajas del agua de Carabaña que en las estaciones del Norte y de Atocha tomaban los distintos rumbos hacia el cantábrico o el Mediterraneo, según el continente a que iban destinadas.

Aún pueden verse en las proximidades de la villa restos de la vía y del apeadero final, próximo a los almace-

nes en que las botellas de agua esperaban su embarque. Hoy todo esto lo han resuelto los grandes camiones. Sólo se conservan las naves en que las aguas de la fuente o pozo «La Favorita», que los franceses denominan de «La Santé», se embotellan por procedimientos modernos, y los envases son de plástico.

PRINCIPALES EXPORTACIONES ACTUALES

Hoy la empresa de Aguas de Carabaña continúa perteneciendo a los descendientes de don Ruperto J. Chavarri. Los camiones sustituyeron al trenecillo de Arganda y la planta embotelladora dispone de máquinas modernas. Sólo la etiqueta de la clásica botella conserva sus características: «Agua mineral natural de Carabaña, La Favorita». Y en otras líneas: «Sulfatosódicas, laxo-purgantes, depurativas». En otra línea de letras más negras se remarca: «La salud del cuerpo interior y exterior». Y otra: «Tesoro de la salud». En el centro de la

Carabaña:
Iglesia parroquial



Primitiva planta embotelladora a principios de siglo

etiqueta aparecen reproducidas las 12 medallas de oro, obtenidas por las certificaciones y las recetas de la medicina del siglo y había sido diseñado y aprobado por don Ruperto Chavarri.

Ahora, don Aníbal Martín, jefe de la oficina que la empresa Chavarri, S. A., tiene en la Gran Vía madrileña, me

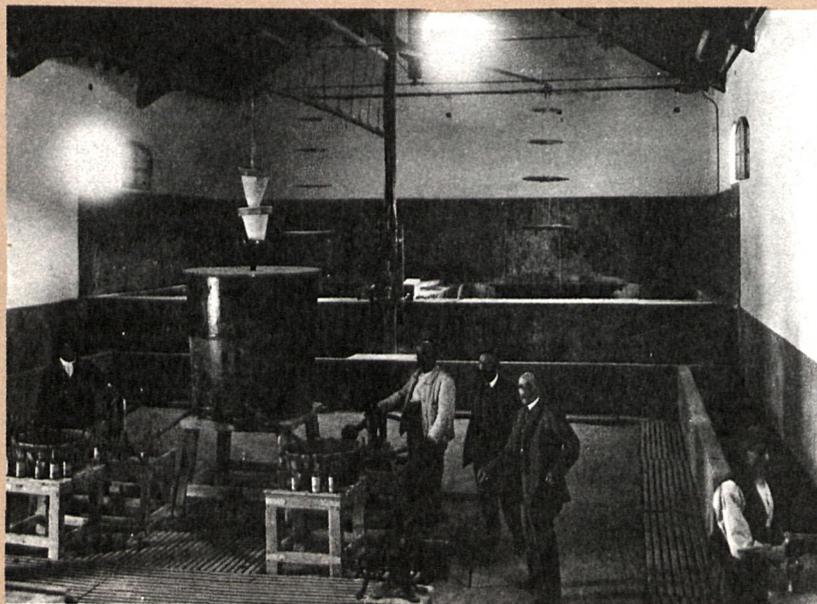
dice que las exportaciones principales se hacen a Cataluña y a Francia. Pero también se envía el agua de Carabaña a varios países de Hispanoamérica, como Méjico y Panamá. También se mantiene la exportación a Filipinas. La única exportación que se interrumpió fue

la de Cuba, desde Fidel Castro. Pero aún esperan poder reanudarla a base de intercambios con productos de aquel país.

Lo cierto es que la gran voluntad y la capacidad de iniciativa y organización de aquel bilbaino, prototipo de los grandes propulsores de la industria del siglo XIX, fue capaz de popularizar en medio mundo el nombre de Carabaña, hasta convertir la modesta villa del Tajuña, de la provincia de Madrid, en un punto universal de la geografía española.

**Juan Antonio
CABEZAS**

**Fotos:
Rogelio LEAL
y
Empresa Chavarri**



Don Ruperto Chavarri, a la derecha, en las primeras instalaciones de Carabaña

EDUARDO VICENTE

LA provincia de Madrid, su paisaje rural, campesino y de humanidad vi-

viente en el latir de cada pueblo, ese campo, esas tierras y esos hombres y mujeres y niños que componen la geografía de esta provincia tan lejana antaño

estando tan cerca de la Villa y Corte, ha tenido sus artistas que la plasmaron para siempre como único testimonio de su ruralismo hoy superado. Actual-

mente, son menos los pintores que pueden reflejar su actualidad, dado que los medios de comunicación tanto sociales como móviles han acercado vertiginosamente los usos y costumbres de la sociedad de consumo, como viene sucediendo a lo largo y ancho de nuestro país entre las capitales de provincia y sus diversos pueblos. El que ya habláramos de los pintores y la pintura sobre nuestra provincia madrileña, no quita para que hoy —a partir de hoy— podamos dedicar monográficamente una mayor atención a cada uno de esos artistas que hicieron algo o mucho por testimoniar con su obra el paisaje, la vida y sus gentes de estos pueblos que componen nuestra provincia.

Arrancamos, pues, con Eduardo Vicente.

Precisemos que éste pintor que hoy nos toca perfilar sobre el tema general de esta serie, fue plenamente un animal urbano, como lo fuera el mismo Picasso. Eduardo Vicente había nacido en Madrid, en Madrid vivió siempre y en Madrid murió (1909-1968), sólo brevísimos intermedios le ausentaron de la capital. Sin embargo, significa bastante que su primera Exposición (celebrada en la sala del Ateneo el año 1928) estuviese nutrida en un cincuenta por ciento con paisajes de las riberas del Jarama.

Trasunto de su animalidad urbana, picas-



Pastor ante la Estrella (Chitsmas de Eduardo Vicente a sus amigos)